
3 1761 07130952 0

ALFREDO DE ARTEAGA

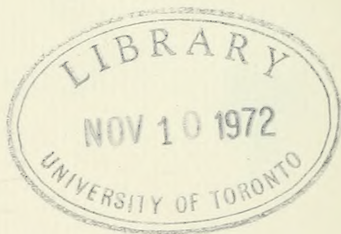
CAMINO DE LA MONTAÑA



Buenos Aires?

ESCUELA TIP. DEL COLEGIO DON BOSCO

MCMXII


LIBRARY
NOV 10 1972
UNIVERSITY OF TORONTO



CAMINAR, NAVEGAR

Caminar, navegar. No en pos del vellocino,
como los argonautas del ávido Jasón,
sino de más estrellas y de nuevo camino,
como el santo almirante de Atlántida, Colón.

Ir libre y armonioso, por los vírgenes suelos,
o con las velas blancas entre la inmensidad,
viendo todos los días otra faz de los cielos,
como el marino Ulises y el marino Simbad.

Disputar a los vuelos la conquista de cumbres
y los encantamientos del bosque al ruiseñor;
y vencer a sirenas, fieras y muchedumbres,
como Orfeo, el dulcísimo y soberbio cantor.

Atravesar la noche poblada de leyendas
y en que a Dios todavía combate Lucifer;
y mágicas florestas, donde no existen sendas,
cruzar sin más virtud que un nombre de mujer.

Y después de haber sido valeroso errabundo,
sentarse, solamente doblado por la edad,
a contar a los nietos maravillas del mundo,
como el marino Ulises y el marino Simbad.

Con recuerdos de almas y de constelaciones,
de tierras y de océanos, olvidar la vejez;
y vivir otra vida en esas narraciones,
soñando que uno es joven y que viaja otra vez.



LA DIOSA

Entre caminos de vida, prefiero, Diosa, los tuyos:
llevan a cumbres y, a un tiempo, son rutas de bien y de glori

Vióte el Oriente fastuosa y extraña. Sobre tus aras,
culto de pompa y misterio oficiaron poetas y artistas;
mágicas piedras y símbolos raros ornaron tu templo;
ídolo adusto, te alzaste entre aromas de amor y de sangre,
mientras que bajo tu planta brotaban flores monstruosas,
cálices vivos de trágicos filtros y eróticos vinos.

Desde sus frágiles tiendas te vieron nómades tribus.
Albas de rosas y noches de estrellas fueron santuarios
para ofrendarte la palma severa, la rama del cedro.

Eras entonces gacela que corre libre en los campos;
eras el ave que suelta su vuelo, libre en el aire.

¡Hora de luz, cuando en mares de Grecia surgiste desnuda!
Siglos pasaron; cayeron imperios, dioses e ideas:
tú permaneces la misma que vieron los ojos helénicos,
hija del cielo y amor de la tierra; brilla tu rostro
aún en las ruinas del pueblo sagrado; tu voz en sus himnos
suena hasta ahora; tu espíritu anima sus mármoles santos.
Eres la misma a la cual sus triunfantes águilas Roma
dió como guía entre bárbaras razas que tú redimiste.
Eres la misma que en huerto cristiano mezclaste a tus rosas
místicos lirios, y diáfana veste de ensueño, con ellos,
sobre tus formas divinas tejiste.

Profeso ese rito —
griego de Fidias, latino de Horacio—para adorarte
como varón de la raza que vela tu llama, encendida
sobre las cumbres, ¡radiante, serena y alma Belleza!



INVITACION A LA ALEGRIA

¡Cuánta alegría rehusas
a tu juventud!
Da turno a las rientes musas,
y deja el laúd.

La flauta de voces claras
o el tímpano toma;
por si a Venus encontraras,
escoge una poma.

¿Acaso ignoras que es un
pecado mortal
vivir hosco o sin ningún
pecado venial?

Las rosas te brindan bocas
de almo carmesí;
las glicinas están locas
de pasión por ti.

Hoy, el jazmín y el clavel
te ofrecen su alianza
para el amor; y el laurel,
gloriosa esperanza.

¿Qué más, joven y poeta?
¿Por qué estás inquieto,
cuando por ti la violeta
suspira en secreto?

¿Por qué, abatido? La fuente
y el ave te cantan,
te mira el cielo sonriente,
los dioses te encantan —

dioses que viven, risueños,
vidas amorosas
y dan formas a los sueños
y almas a las cosas.

Quizá piensas: — Sí.., y después,
ya ida primavera,
yo de esto que ahora es
diré, entonces: — Era.. —

Ríe si todo se va;
sé alegre, sé fuerte:
te rejuvenecerá
la radiosa muerte.



EL SORDO

I

El hombre va como un sonámbulo;
hay algo en él terriblemente serio:
crisis, epílogo o preámbulo
de un divino o diabólico misterio.

¿Uno de esos dolores que ningún verbo nombra?
¿pecado, crimen? ¿un ensueño loco
o el combate de un héroe que a la sombra
su obra de luz arranca, poco a poco?

Mas cualquiera que sea el secreto que esconde
esa alma, ella no sigue por sendero ordinario.
Avanza — ¡quién sabe hacia donde!
Hacia Dios o el infierno, la luna o el calvario.



La noche muere en el instante
desvanecido e indeciso y turbio
que inicia el alba. Cruza el caminante
la ciudad, el suburbio,

y sale a la pradera,
que, ya vestida de alegría,
entona con la aurora la obertura ligera
del poema sinfónico del día.

Todo es música, ahora, en el ambiente;
pero él no goza ese bendito
concierto, porque es sordo — sordo sagradamente,
como los dioses de granito.

II

Bajo una encina, que los vientos
mecen al ritmo de sus melodías
o sacuden con gritos y lamentos —
árbol sabio en idilios y elegías —

como un sonámbulo, se sienta.
Y allí se transfigura:
en él sucede a la tormenta
la beatitud más pura.

¡Dicha del infeliz: oye! Oye, sí;
no terrestres sonidos: llega del infinito
la armonía que escucha — pues él es sordo, as
como los dioses de granito.

Mas oye, sin embargo — majestuoso
profeta, humilde santo...

III

Corre un Alegro tumultuoso
cuyas pausas descubren un isócrono canto;

quizá es el ruido
de la lucha entre el Angel y el Perverso,
y bajo el cual, a veces, se percibe el latido
del corazón del universo.

Canta toda la gama del enigma total,
desde el gemir de las mandrágoras
hasta ese místico cristal
que resonó en el alma de Pitágoras.



Danza, ahora, un gracioso Scherzo, ave
que a favor de la brisa
vuela, y ave que sabe
de amor y de sonrisa.

Reluce, bajo un cielo
gloriosamente inmaculado,
la suavidad y el esplendor de un suelo
verde y dorado.

Juegan las ninfas
en vivaces tropeles;
para besar las pulcras linfas
se inclinan los laureles.



Y después, al compás de Adagio tierno,
vuelven pasadas primaveras
a coronar su invierno;
y en su huerto de adelfas aún ríen las quimeras.

Contempla el sacrificio
como ruta que asciende hasta los astros;
y ve que no es estéril su senda de suplicio,
porque flores perennes se entreabren en sus rastros.

¡Oh dulzuras de un alma cargada de pesares,
pero no de derrotas!



Como larga bandada sobre los claros mares
se deslizan las notas...

Y el Alegro, otra vez — pero sereno,
cual un canto triunfante de hombre fuerte:
es, en verdad, la voz del Hombre Bueno,
vencedor de Satán y de la muerte.

Ya disipado el ruido
de la lucha entre el Angel y el Perverso,
se confunde esa voz con el latido
del mismo corazón del universo.

IV

La luna ha desplegado su estandarte de plata.
El soñador levántase; ha cumplido su rito.

Nada extraño turbó su celeste Sonata:
es sordo — sordo como los dioses de granito.

Vuelve, siempre sonámbulo...

V

Si el fuego que lo abrasa
no sientes, y no caes a los pies
de ese fantasma que a tu lado pasa,
reverécialo, al menos, porque él es,

en la Selva del Arte, el soberano
encantador
y quien más santamente habla de amor humano
y de humano dolor;

el más osado y diestro
jinete de Pegaso: con él sube
tan alto, que "Maestro",
lo saluda el querube.

Ha brindado la vida su cáliz más amargo
a este mártir artista;
pero en él veneremos, sin embargo,
al supremo filósofo optimista.

Los más nobles ensueños lo llaman "Nuestro padre"
Capitán que a la gloria lleva a bordo...

VI

Lo ve entrar su portera, y explica a una comadre:
— Es el señor Beethoven, un pobre viejo sordo.



LA FUENTE

Ofelia, vestida de túnica rosa,
con ritmos de alondra — tan leve se posa —
parece que lleva la aurora en su frente.
Espera a su novio, diciendo a las flores:
— Más bellos y suaves son nuestros amores... —
Por eso, en el alba, se ríe la fuente.

Ofelia, vestida de túnica lila,
mirando el ocaso que sangre destila,
semeja la sombra de un alma ya ausente.
A guerra tocaron los tristes clarines,
y flotan al viento banderas y crines...
Por eso, en la tarde, suspira la fuente.

Ofelia, vestida de túnica blanca,
está, donde el río, dormido, se estanca;
el agua la trajo con llanto silente.
Cayó en la batalla su dulce guerrero,
y Ofelia ha querido seguir su sendero...
Por eso, en la noche, solloza la fuente.



ELEGIA

Trágicamente
hoy sucumbió la tarde;
no tuvo rosas su crepúsculo,
ni violetas, ni oros, sino sangre.

Cayó, acosada
de un lado por la noche,
de otro por rápida tormenta;
y fué a morir detrás del horizonte.

Las tenebrosas
sus banderas tendieron;
y el alma púsose tan triste
como los cielos y la tierra, negros.

Pero, muy pronto,
se reanudó la lucha:
sobre las tétricas aliadas
llovieron finas flechas de la luna.

Y la victoria
fué de la luna blanca:
huyó en derrota la tormenta,
mientras quedó la noche subyugada.

A los espantos,
ternuras sucedieron;
y a la opresión de las tinieblas,
diáfanas beatitudes del ensueño.

Y la victoria
fué de la luna blanca,
como una vez fuera la tuya
sobre todas las sombras de mi alma.



CONSEJO DE HUMILDAD

Oh tú, que nunca el pan de cada día
tuviste que ganar, e ignoras cuanto
de humillaciones y sudor y llanto
cuesta al alma esa bárbara agonía,—

ante el hambriento, no te juzgues santo
ni siquiera te jactes de hidalguía...
¡Quién sabe de qué hedionda villanía
fueras capaz al compartir su espanto!

Contempla en sus pecados flores mustias,
quizá virtudes muertas por angustias,
y que vivieran puras, si felices.

Tú, que nunca estuviste en las batallas,
respeta, no tan sólo las medallas,
sino también las negras cicatrices.



CANTO A ANDRADE

Titán, cuando caminas
retumba la montaña;
si para meditar la frente inclinas,
se estremece la tierra hasta su entraña,
como en ansias divinas
de un parto de prodigios.
Cantas, y sopla un viento
que barre de las sombras los vestigios,
y despierta las aves en las cumbres,
y aviva el pensamiento
de las aletargadas muchedumbres.

Y aquellos que, encorvados,
van arrastrando por las arduas huellas
dolores o pecados,
los que temen o dudan,
se yerguen y saludan
la esperanza del sol y las estrellas...

Así es tu canto: un viento a cuyo empuje
el mar, cual monstruo enloquecido, ruge,
terrible y lastimero,
sacudiendo la espuma de sus ondas;
y se agitan frenéticas las frondas
de los bosques, cual hórrida melena
de un león prisionero
que romper pretendiese su cadena.
Así es tu canto: un viento,
conquistador violento
del espacio; y dispersa
los tropeles oscuros

a fin de que en la altura clara y tersa
brillen los astros puros.
Así es tu canto: un viento poderoso,
vasto y vertiginoso;
fustiga olas y orgullosas crestas,
se incorpora al azur, turba el abismo. .
Mas, como si viniese desde el mismo
ardiente corazón de las florestas
donde Cibeles guarda sus fragancias
en cálices de vívidos colores,
él en el aire deja
un penetrante olor a frescas flores.

Y consuélate, cóndor,
de no ser ruiseñor, cisne o abeja.
En verdad, tú no escancias
los melifluos licores
con ánfora de oro.
Tu instrumento sonoro

mal se aviene a la endecha melancólica,
al madrigal o a la canción bucólica.
Quizá desdeñes gracias y matices;
pero eres de los grandes y felices
que, el paso firme y la cabeza erguida,
avanzan sin zozobra
y atraviesan la vida
mirando al sol. No es un jardín tu obra,
sino una selva espléndida y extraña.
No fuiste el arquitecto
de un Partenón perfecto,
mas levantaste al cielo una montaña.
No conociste horas de cautivo
a los pies de una Onfalia;
ni Mesalina puso su sandalia
sobre tu frente de amador altivo;
pero, en la noche, respiró Julieta
el soplo de tu alma candorosa
y fuerte de poeta.

Gigante pensativo,
no cultivaste el lirio ni la rosa,
pero tu augusta protección de encina
diste al lirio, a la rosa y al olivo...
Y sin llorar sobre ninguna ruina
ni maldecir contra el presente duro,
nos convocó tu épica bocina
en las puertas radiantes del, futuro.
Lejos de las seguras atalayas
y de fáciles playas
floridas de verjeles,
se lanzaron al mar — blancas las velas
y blancas las estelas —
tus gallardos bajeles,
cuya marcha en la heroica travesía
el huracán no amengua ni desvía.

II.

Salve, cantor soberbio
de la patria argentina,
y vate de la tierra americana
donde el alma y el nervio
de la raza latina
edifican el Templo de mañana.
(¡Pensemos en mañana!)

De poemas muy tersos
y estrofas incoloras
somos orfebres hoy. ¡Ay de nosotros,
ante ti cuyos versos
tienen llamas de auroras
y el libre brío de los bravos potros!
(¡Cabalguemos en potros!)

Reviva el estro antiguo
que inspiraba canciones

de egregias lides y de amores santos;
y al culto de lo ambiguo,
en nuestros corazones
suceda el culto de los grandes cantos.
(No más suspiros: ¡cantos!)

Libranos del hechizo
de esa literatura
que para ir al sepulcro se atavía,
con su gesto enfermizo
de vejez prematura...
En ti hallaremos vida y poesía.
(¡Oh, plenas de energía!)



MARGINAL I

Con un ardiente anhelo de belleza,
fuí a la selva divina
en donde la alegría y la tristeza
son canciones de un ave sibilina.

Antes de entrar, temblando me detuvé;
humilde oré un instante,
y avancé solamente cuando tuve
puro mi corazón como un diamante.

Miré el pájaro azul, la flor que canta,
la Fuente de Juvencia;
y vi que el alma que a la selva encanta
se rendirá al amor, no a la sapiencia.



PROSA SOLAR

Padre de mis dos razas (Soy poeta y latino...),
das la sangre a los hombres, a las rosas y al vino.

Febo, Apolo, Dionisios, Helios, Ormuz y Osiris,
cazador de tormentas, tu arco es el arco iris.

La pudorosa Eos por ti rasga sus velos,
patriarca de los mundos y efebo de los cielos.

Y de amor se estremecen los seres y el paisaje,
cuando alza tu oriflama el rosicler, tu paje.

Las horas claras siguen, por celeste barranca,
el cuádruple galope de tu cuadriga blanca.

Salpicas con tus gemas la espuma de las olas,
suscitas los cantares y entreabres las corolas.

Para la madre tierra, que en el sueño se olvida,
tu clarín de oro suena la diana de la vida.

Como el Dios tuyo y nuestro, los primeros fervores
humanos que recibes son los de los pastores.

Creas y purificas, lucífero hechicero,
suntuoso lapidario y excelso jardinero.

Los que anhelan el bien levantan tu estandarte.
y eres la única lámpara verdadera del arte.

Gloria a ti en los otoños, oh poeta hondo y tierno;
gloria a ti, melancólico monarca del invierno;
gloria a ti en primavera, dios joven y sonriente;
gloria a ti en el verano, oh amante omnipotente.



LOS HERALDOS

En claras teorías las palomas
tienen blandas prestezas de mujer;
y enséñame secretos de ternura
su inquieta timidez.

Las joviales y mansas golondrinas
a la dulce estación quieren seguir;
y las despido, casi melancólico,
en el lánguido abril.

Pasan los cisnes, príncipes del lago,
símbolos blancos de serenidad;
alas y cuellos, con rituales signos,
me invitan a soñar.

Da el ruiseñor su augusta serenata
bajo la noche mística y azul;
y, al escucharlo, siento el alma llena
de armonía y de luz.

Alzándose, los cóndores heroicos
vuelan derecho y rápidos al sol;
me arrebatan su fuerza y su bravura,
y tras ellos me voy.

¡Adiós, palomas, golondrinas, cisnes
y ruiseñor! No olvidaré jamás
que fuisteis para mí nobles heraldos
del pájaro triunfal.

Y, junto con la gloria de los cóndores,
proclamará, ferviente, mi canción
vuestro encanto, palomas, golondrinas
cisnes y ruiseñor.



NOCHE DE VENDAVAL

!Cómo solloza el viento!
!Qué agudo es su lamento
a ratos, y otras veces qué profundo!
Parece que llorara
y se desesperara
por todas las miserias de este mundo.

Al raudo y rudo empuje
de su ala todo cruje;
y, desde la quietud de las alcobas,
se escuchan sus bramidos
que remedan silbidos
de brujas cabalgando sobre escobas.

Y más tarde se queja,
como una pobre vieja
perdida en el espanto de la sombra;
o murmura muy quedo,
cual amante con miedo
de que adivinen la mujer que nombra.

Ahora, canta, grave...
Y así bajo la nave
de una grandiosa catedral, retumba
el órgano que al rito
mezcla ansias de infinito.
Después, como un insecto, apenas zumba.

Y vuelve a sus furores:
Se dirían clamores
de largos y frenéticos tropeles,
hordas que el aire cruzan
y, salvajes, azuzan
los bríos de fantásticos corceles.

Sobre enormes ciudades
y vastas soledades,
vorágine vibrante, el viento vuela... —
Estamos al abrigo,
Tu con Dios, yo contigo·
y a nuestro ángel, que duerme, un ángel vela.

POST SCRIPTUM

!Cuatro años solamente,
y ya sobre la frente
pesa una sombra eterna! Al ángel nuestro
el ángel se ha llevado.
Y no hemos protestado:
tan bello era, Señor, porque era vuestro.



CANCION DE AMOR

I

Largo fué mi camino. En la jornada,
sonrieron flores, triunfos y doncellas;
pero mi alma miraba las estrellas,
creyéndose en el mundo desterrada.

Llegó la aurora. Bajo su mirada,
con frenético júbilo o querellas,
cosecharon los otros, en mis huellas,
las ígneas rosas y la mies dorada.

Y cuando se alejó la muchedumbre,
contenta con su carga y su locura,
vi que esplendía en la inviolada cumbre,

como sobre un altar, una azucena
maravillosamente fina y pura...
Eras tú, más que todos bella y buena.

II

Aquel día glorioso, en tu presencia
mis ensueños idílicos, triunfales
recobraron su astral magnificencia,
su pureza y ardor primaverales.

Mas, por primera vez, tuve conciencia
de todos mis pecados y mis males;
y pensé con angustia en la existencia
sin ti, místico vaso de ideales.

Temí la eternidad... Cuando allí mismo,
ya transformado por el almo encanto
que en luz irradias y en perfume exhalas,

el alma te ofrendé desde mi abismo:
y en mí creció el amor tan fuerte y santo,
que de repente me sentí con alas.



EVANGELICA

No fué justiciero Jesús, porque a todos,
de vicios y crímenes, de sangre y de lodos,
su amor absolvió.

Una vez tan sólo levantó su mano
sin que en nuestros surcos sembrara ella el grano
de su bendición:

cuando, a latigazos, arrojó del Templo
a los mercaderes. - Tomemos ejemplo
de Nuestro Señor.



VERLAINE

¡Ah, pobre Verlaine,
genial miserable!
Fué su vida un mal sueño y también
poema inefable.

Con cara de brujo
y trazas de vago
los sentidos y el alma sedujo:
Verlaine era un mago.

Su cuerpo, en las salas
de los hospitales...
y su mente de líricas alas,
por mundos astrales...

De su áurea canción
fué punto un sollozo;
y el amén de su casta oración,
un beso de gozo.

En noches macabras
de fiebre alcohólica
profería con foscas palabras
tristeza diabólica.

O, al borde de linfas
sonrientes y claras,
cautivaba su flauta a las ninfas
con músicas raras.

Fogoso pagano,
soñaba un idilio;
o a la Virgen, humilde cristiano,
llamaba en su auxilio.

Burlóse del Numen,
y fué su nocturno
visitado. Dolor, su resumen;
su signo: Saturno.

Un sátiro huraño
y amante y deforme,
con espíritu ingenuo y extraño,
precioso y enorme.



GLORIA INTERIOR

A falta de otra, tengo yo mi gloria interior,
hecha de luz, de fuerza, de armonía y de amor.
Es la flor de la vida intensa y verdadera;
flor más que el oro, el bronce y el mármol duradera
Se abrió, bella y fragante, de impoluto capullo,
y de mi alma en la selva es suavidad y orgullo.
Vale un místico lirio por su santa eficacia,
y una soberbia rosa por su pagana gracia.

De Primavera hermana, otoño le sonrie,
Invierno la respeta y es la amada de Estío.
Se ofrece como un cáliz al alba, que deslíe
en ella la frescura de su claro rocío,
y el ruiseñor le canta su elegía nocturna,
mientras ella atesora, como diáfana urna,
una perla esencial
del azul de los cielos y el brillo sideral.
Para inmolarla en bárbaro y estéril sacrificio,
la codician los odios; el gusano del vicio
por picarla despliega sus sutiles esfuerzos;
la fustigan los cierzos;
y hay bestias que quisieran pisotearla en el lodo...

Fué germen de mi flor —
como sobre la tierra fué el germen de todo —
un grano de dolor.
El dolor es el padre de la única alegría;
el dolor es la fuente de la viva sapiencia.

(Asi lo muestra, en su Novena Sinfonía,
mi maestro, el doliente y optimista Beethoven;
y así me lo enseñó la enérgica experiencia,
que quiso de lo frívolo despecharme muy joven.)

La reina de mi selva creció con mi martirio.
Para nutrir su brote con savia mílagrosa
¡derramé cuántas lágrimas! — por eso es como el lirio—
¡cuántas gotas de sangre!— por eso es cual la rosa...
He bebido en la copa de todas las tristezas;
he hallado en mi camino todas las asperezas,
todos los huracanes; y, exasperadas furias.
golpearon mis sentidos las hordas de lujurias.
Mas he aprendido mucho de Dios y de Satán:
sé toda la alegría que puede dar un pan,
el bálsamo que vierte toda buena palabra;
cómo sobre el espíritu la guadañera glabra
pierde su imperio, y cómo cada tétrica hora
de seguro contiene un génesis de aurora.

Hoy ya sé que no hay astro, jovial o saturniano,
señale la ruta del corazón humano,
porque en el corazón nace el propio destino,
y así cada uno bebe, dulce o amargo, el vino
que exprimió de sus vides.

He tornado con vida de formidables lides,
aunque trayendo heridas, al parecer, mortales...
Se cerraron mis llagas: se esfumaron mis males,
como se esfuma al sol un ensueño febril.
Contra todos y todo, salvé mis ideales.
Si en torre de marfil
confiné mis pesares, lo demás de mi alma
desbordó sobre el mundo. El verso de Terencio:
Homo sum... es mi lema; yo no guardo silencio
ante ningún desastre, y el laurel o la palma
ofrezco a cada triunfo pacífico o clemente.
Si detesto la grey, amo el íntimo ambiente
de espíritus fraternos,
las grandes comuniones de las humanidades.

Y, entre sombras e inviernos,
envidias y crueldades,
luchando sobre todos los campos de batalla,
a veces victorioso, siempre con bizarría,
sin buscar el amparo de egoísta muralla,
esgrimiendo mis armas a los ojos del día,
conquisté un patrimonio de armonía y de amor,
y de luz y de fuerza, que es mi gloria interior.



MARGINAL II

Hilo de agua es mi espíritu que canta
en bosques y jardines y praderas:
toma una humilde parte en la obra santa
de las espirituales primaveras.

Espejo de divinos espectáculos,
vuelve al mar ancestral serenamente,
aunque a menudo ásperos obstáculos
lo obligan a bravuras de torrente.

Y cantando, cantando, van sus linfas —
sin envidiar la gloria de otros cauces —
a veces como risa de las ninfas,
y a veces como llanto de los sauces.



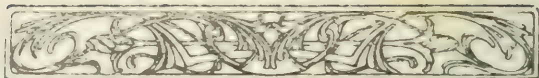
A ANACREONTE

No estoy, Anacreonte, con tus fieles.
Dulce es tu verbo, pero no divino;
a tí pámpanos, rosas, miel y vino
y danzas de hetairas y donceles.

Jamás, viril ofrenda de laureles.
Tu verso — gema, flor, perfume o trino —
nunca es la voz que alienta en el camino,
ni el clarín de los épicos tropeles.

Suele a veces tentarme el sortilegio
de tu canción, como un pecado egregio,
¡oh luminoso, encantador beodo!

Mas es para que pronto mi alma vuelva
a Homero, Esquilo, Píndaro y Hesiodo,
fuentes de vida en la sagrada selva.



FEMINISMO

Porque es vuestro, mujeres, el encanto
que ilumina y perfuma la existencia;
porque vertéis amor — eterna esencia
de toda la alegría y todo el llanto;
porque, al pasar vosotras, los más nobles
y fuertes corazones se estremecen
y, juncos, tiemblan los que fueron robles;

porque gemas y flores nos parecen
creadas sólo para vuestro lujo;
porque no hay en el mundo quien ejerza
función sagrada o soberano imperio,
sin estar sometido a vuestro influjo;
porque dais, aunque débiles, la fuerza
que penetra al abismo del misterio
y sube del ensueño hasta la cumbre;
porque la irradiación de vuestra gracia
a todas las tinieblas presta lumbre,
y nos brindáis un bálsamo divino
para cerrar heridas del destino;
porque formáis la excelsa aristocracia
de virtud, de bondad y de belleza,
a la que sólo el vil infiere agravios;
porque sois la suprema fortaleza
(que dijo Salomón en sus Proverbios)
ante la cual se humillan los soberbios;
porque son siempre necios los más sabios,

si en vuestra copa no han bebido un día
la ignorante, esencial sabiduría;
porque es vuestra la luz de las leyendas,
el alma musical de los cantares
y el fecundo calor de los hogares;
porque recibe Dios nuestras ofrendas
con agrado mayor, si vuestras manos
o labios las elevan; porque el cielo
os desterró para adornar la tierra
y aquí extender de la ilusión el velo;
en fin, porque, entre títulos humanos,
os pertenece el título que encierra
toda la majestad y la dulzura —
ese nombre de madre — ¡oh bellos seres
que derramáis primaveral frescura
en los tiempos más foscos de la historia
y que santificáis nuestros placeres,
contentaos por siempre con la gloria
y con la suavidad de ser mujeres!



VICTORIA

Rápido, horrísono y largo galope
avanza en la noche.

Bajo mi cráneo retumban sus ecos,
cual implacable y tenaz martilleo.

Trágicamente se acerca, se acerca,
hendiendo tinieblas.

Vela y prepárate a todo, mi alma...
¿Qué nueva lucha en la sombra te aguarda?

— Dime quien eres, terrible jinete...
¿Acaso, la Muerte?

— Soy el poder de Satán; soy el Odio.
— Tengo al Amor contra ti — le respondo.

Siento que para: adivino que duda...
Y emprende la fuga.

Rápido, horrísono y largo, el galope
lejos se pierde... se pierde... perdióse.



TENTADORA, REDENTORA

Mujer, por ti se peca,
pero llega por ti la redención:
tu mano es la que seca,
tu mano es la que abre la flor del corazón.

En realidad, sois dos; y eternamente
os disputáis al hombre, como Arimán y Ormuz:
tú, gloria de la carne, oh Eva de la serpiente,
y tú, María, esencia de la lúz.

¡Oh tentadora! Aquél a quien te rindas
sabrá de hondas dulzuras y de largo dolor
De rosas coronada, el vino brindas,
en cristal que se irisa con mágico fulgor.

Rosas fragantes, y temprano mustias...
Se acaba el vino, quiébrase el cristal;
y al ensueño suceden las angustias,
como una pesadilla implacable y letal...

¡Oh redentora!
A ti el único amor, de ti el único bien,
celeste sembradora
y eterna primavera de nuestro íntimo edén.

A quien tu alma ilumine
las sombras y tormentas deberán respetar;
y para que a la tierra prometida camine,
polvo haránse las rocas, dividiráse el mar...

Los frutos de la historia y la leyenda
en las edades todas, recibísteis las dos:
tú locuras y crímenes — Para ti grata ofrenda —;
tú, el himno que te cantan los que cantan a Dios.



ORATE FRATRES

Orad, hermanos, sin temer que el viento
disperse vuestros ruegos al azar;
orad en el dolor y en la alegría,
si tenéis hambre o si partís el pan.

Orad, hermanos, para no quejaros;
orad en las tinieblas y en la luz;
siempre antes de perder una esperanza
o lanzar un denuesto hacia el azur.

Orad, hermanos, aunque ateos fueseis;
para todos propicia es la oración:
vierte en los corazones un rocío
y llena los espíritus de sol.

Yo, que mucho he sufrido, os lo aconsejo...
Tú me dices: — Si en Dios no creo, ¿a quién?
Seguro de que es vana mi plegaria,
¿hé de orar, sin embargo? ¿para qué? —

Debes orar, hermano, — te respondo —
y tu alma se abrirá como una flor;
y en el mismo perfume de tu alma
respirarás el hálito de Dios.



SONATA PARA CUATRO HERMANAS

I. Allegro ma non troppo.

Mi alma vuestro destino así lo augura:
fragancias, flores vívidas, canciones,
parques claros de sol como ilusiones
y umbrías alamedas de frescura.

Abrid, hermanas, a la savia pura
de ese idílico edén los corazones;
y, a los ritmos de suaves emociones,
corra en ellos la fuente de ternura.

Sed tan blancas y augustas como el lirio;
mas los que sangran, arrastrando agravios
en una larga ruta de martirio,

vuestra piedad respiren con la brisa,
y miren florecer en vuestros labios
la gracia del espíritu en sonrisa.

II. Scherzo.

Ornad de fiesta todos los días:
haréis del mundo verjel divino;
llenad las noches de melodías:
será más dulce nuestro destino.

Bellas canéforas, en el camino
sembrad, cual rosas, las alegrías.
Hebes y musas, brindad el vino
y los laureles, hermanas mías.

Unid al himno del universo
vuestros gorjeos encantadores;
si os ven sonrientes todos los seres,

no habrá ninguno triste o perverso...
Y así, con vida de aves y flores,
seréis perfectas como mujeres.

III. Andante.

Pero también llevad generosas ofrendas
a los albos Ensueños, para el vulgo invisibles;
porque sólo ellos quitan de los ojos las vendas
con las cuales marchamos entre sombras terribles.

Entonces hallaréis las más abruptas sendas
muy fáciles y todos los cielos apacibles;
y, cual las heroínas de lejanas leyendas,
llegaréis, mis hermanas, al Jardín de Imposibles.

Por torpeza o maldad, siempre hay manos brutales
que empañan — si no quiebran — los más limpios
(cristales,
y marchitan las rosas y maltratan las palmas...

No temáis: los Ensueños, que amparan a sus fieles,
después de regalaros con aromas y mieles,
tornarán intangibles vuestras cándidas almas.

IV. Allegro vivace.

Rían los ojos y cante la boca,
sueñe el espíritu y brille la frente;
sed el olor que perfuma el ambiente,
y las alondras que el alba convoca.

Puede la risa ser púdica y loca,
y el corazón impoluto y ardiente;
si tales sois, triunfaréis suavemente
de las tinieblas, el viento y la roca.

Mas cultivad, sobre todo, la mística
flor inmortal de pureza eucarística —
en nuestra vida el tesoro más santo —

y sin la cual las virtudes son vanas,
y agrio el placer como estéril el llanto...
Es el amor, el amor, mis hermanas.



A UN FUTURO POETA

Miseria y gloria, dulce hermano,
son el destino para ti,
miseria desde muy temprano,
gloria cuando no estés aquí.

Sabe que el vientre es tu adversario,
como el ideal tu vírtud;
y que subirás a un calvario,
llevando a cuestas tu laúd.

Mas también, sábelo, es mentira
y en el olvido se ha de hundir
todo renombre que en la lira
no consiguió repercutir.

Poder terrible y sacrosanto,
que arma tu brazo de segur,
o da, al conjuro de tu canto,
nuevas estrellas al azur.

Buen jinete sobre Pegaso
y en la nave buen timonel,
crezca el mirto bajo tu paso,
aunque no creciere el laurel.

Ama las inútiles rosas
y el trigo con que se hace el pan;
en sus labores prodigiosas,
ayuda al gnomo y al titán.

Vive contento, aunque te muerda
de malvado o necio el rencor;
para ser dichoso, recuerda,
sólo hay un camino: el dolor.

De todos los oros del mundo,
no veneres sino estos tres:
el sol, en prodigios fecundo,
las trenzas rubias y la mies.

Reparte en tus líricas misas,
como hostia roja, el corazón;
las almas te serán sumisas,
si lo sienten en tu canción.

Y en la selva, de amor pletórica,
oye el himno primaveral,
para que aprendas de retórica
cuanto de música el zorzal.



LETANIA DE LA NOCHE

Noche, hora de blasfemias y celestes laúdes,
de pánicos terrores y excelsas beatitudes;
reina benévola y cruel
de bárbaras tragedias y armoniosas leyendas;
todo en tu sombra ahogas, al par que nos ofrendas
lirios de luz en tu verjel.

Proteges los idilios y encubres las orgías;
a ti risas y besos, sollozos y agonías,
        diosa de angustias y de paz;
fatídica, presagias derrota y pesadumbre,
o despiertan ensueños triunfales a la lumbre
        maravillosa de tu faz.

Confidente del genio y cómplice del crimen;
das alas al que aspira, consuelo a los que gimen,
        reposo al triste y al feliz.
Princesa de las fiestas, maga de las visiones;
musa ilustre de llantos y de alegres canciones,
        tú, del silencio emperatriz.

Señora serenísima de los claros de luna,
ninfa de las florestas hurañamente bruna,
        sacerdotisa del amor.
Son más rudos los himnos del viento y de la ola
bajo tu imperio; en cambio, canta para ti sola
        su melodía el ruiseñor.

Del huracán titánica y tenebrosa aliada;
besan las quietas ondas tu túnica argentada.
Mística esposa del Azur,
los astros son tus galas: Orión brilla en tus sienes,
tu diestra alza la Lira, y en tu izquierda sostienes
la fulgurante Cruz del Sur.

Numen fosco y fantástico de la hueste diabólica;
virgen que a los amantes sonríes, melancólica
en tu sidérea claridad.
A tu amparo, los muertos pasean sus sudarios;
y a ti elevan los bosques, con ritmos de incensarios,
su voluptuosa suavidad.

Fortaleces la fe, mas sugieres las dudas;
la muchedumbre excitas y al solitario ayudas
a erguir su torre de marfil.
Aprisionas la tierra con tu muralla densa,
y sin embargo vuelas impalpable e inmensa,
oh colosal noche sutil.

Refugio del cobarde y ángel del heroísmo;
hada de las alturas, guardiana del abismo.
        Sirves a Dios y a Lucifer:
inspiras la plegaria, la tentación propicias.
Bruja hórrida y maléfica, Hebe de las delicias;
        dulce y terrible: eres mujer.

Madre augusta de todos los arcanos profundos,
de ti brotó la vida y en ti hallarán los mundos
        también su término fatal...
Pero una voz divina dice, Noche futura,
que en tus tétricos páramos renacerá más pura
        la eterna Aurora universal:



MARGINAL III

Nunca has de ver en mis manos
segur ni hoz;
y no oirás en las vendimias
mi voz.

Otros expriman las uvas,
y alegren sus corazones
con el vino, que es rocío
para risas y canciones.

Cosechen otros el grano
dorado y sustentador:
yo quiero ser solamente
el sembrador.

Y en los campos donde siembro,
no aspiro a recoger nada...
Si acaso, un beso de ninfa
o de hada.



PORQUE ERES AMOR

¡Hoy en el cielo,
cuánta dulzura,
y hoy en la tierra,
qué alegre música!
(¿Por qué lloras, alma mía?
¿Corazón, por qué esa angustia?)

Gloriosa fiesta,
Dionisio, brindas
al ave azul
que en mí se anida.
(¿Corazón, por qué esa angustia?)
¿Por qué lloras, alma mía?)

Danzando en ronda,
las horas cruzan
sobre las selvas
y la mies rubia.
(¿Por qué lloras, alma mía?
¿Corazón, por qué esa angustia?)

Entre mis brazos
está la vida,
como una virgen
y ardiente ninfa.
¿(Corazón, por qué esa angustia?
¿Por qué lloras, alma mía?)

Todo se vuelve
desolación...
Pero tú llegas:
tú eres amor.
(¡Alma mía, cómo cantas!
¡Cómo ríes, corazón!)



RESPUESTA

Poeta, amigos somos en el gran San Francisco,
en Quevedo el sublime y en Eza de Queiroz:
Francisco, buen pastor del celestial aprisco,
fraternal providencia del manso y del feroz;

Quevedo que en sus pausas dibuja un asterisco
con su acero tan fuerte, casi, como su voz;
y Eza cuya sonrisa vale por un mordisco,
Eza que dió a su pluma filosidad de hoz.

Diversos, se parecen estos tres de que hablo,
porque escaparon todos a los dientes del diablo.
¡Gloria sin fin para los tres!

El diablo, que a su edad se cuida, tuvo miedo
a Francisco por dulce, por salado a Quevedo
y por picante al portugués.



EVOCACION

Entre los astros y la tierra flota
un albo, leve y vaporoso velo,
por el que filtra su opalina nota
la luna, perla y lágrima del cielo.

El árbol tiene mística apariencia
en la sombra silente y solitaria;
y mi jardín revela su presencia,
elevando en perfumes su plegaria...

Hoy se atreve mi alma pecadora
a lo que nunca hubiérase atrevido...
Mas tan propicia es al amor la hora,
que mi ensueño a lo altísimo ha subido.

Desde allá, tú me oyes — o adivinas;
y religiosamente ya contemplo
que hacia mi pobre huerto te encaminas,
grave como si el mundo fuese un templo.

Entre los astros y la tierra, nada
empaña ahora el brillo de los cielos;
y, a tu paso, una flor inmaculada
crece: el lirio inmortal de mis anhelos.



ODA A RUBEN DARIO

I

Maestro, gloria al Verbo, a la Palabra
sutil, alma y radiosa
como la luz, pero que labra
en perenne granito
la vibración sagrada y armoniosa
de las almas, al místico beso del Infinito.
El cincel, la paleta
son ilustres; la música es sublime.

Mas sólo el Verbo del Poeta
que con la Idea pura nos redime
y hasta ella nos levanta,
el Verbo, alado peregrino
que el ritmo eterno de la augusta Idea
y el poder inmortal de la Vida nos canta,
sólo el Verbo es divino.
Gloria al Verbo que crea
belleza y que ilumina
la misteriosa ruta
donde el hombre camina;
al Verbo que al espíritu sustenta;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derriba iniquidades,
que provoca y deshace la tormenta;
al Verbo que cimenta
y alza como montañas las verdades.

A menudo, la plebe
lo profana, por cierto: cruel, cobarde, inculta,
blasfema sin pudor y sin piedad insulta.
Mas ¿será menos limpia la fuente porque bebe
en sus aguas la bestia vil e impura?
¿Acaso perderá su virginal frescura
fecundadora?
¿Y dejará la aurora
de desgranar su iris en las linfas,
o de arrastrar, cual manto, la luna su reflejo?
No su corriente misma borra todo
lo que la enturbia: sangre, espumas, lodo;
vuelven las ninfas
a mirarse en su espejo,
y contemplan sus cuerpos de alabastros
sobre un fondo de cielos y de astros.

II

Detrás de tus suntuosos e historiados cristales,
desdeñas los tumultos de las turbas triviales,
maravilloso artífice del Verbo.

O en raro esquife surcas un río a cuyas ondas
no osan llegar el lúgubre buho ni el hosco cuervo.
De la orilla, al amor de florecidas frondas,
alábate la dríada, encantada,
y olvida que tal vez, oculto en la enramada,
enamorado fauno con avidez la espíe.
De su diáfano alcázar la ondina te sonríe.
Y vas cantando, lírico argonauta....
Prestan las flores a tu verso aromas,
las águilas vigor, y gracia las palomas,
las alondras su música y las estrellas pauta;
lo acompañan las brisas en sus suaves violines
y siguen su cadencia las selvas y jardines.
Un albo cisne, que armoniosamente

su cuello enarca,
lleva tu barca
hacia el oriente
con serena altivez. Es Ensueño tu paje,
y Amor tu confidente...
Primavera, tu amada, va contigo de viaje.

De todo verbo exprimes la sustancia que encierra
y brindas el elíxir de la "vida oportuna",
vate sabio en idilios de la tierra,
lo mismo que en asuntos de la luna...

Pero hoy que nuestra raza latina se estremece
y en su cielo la rosa del rosicler florece
y en sus campos se escucha
la llamada jovial a pacífica lucha;
hoy que se yerguen glorias ancestrales
señalándonos nuevos ideales,
y que suena la hora de aprestar los bajeles
para el país soñado de futuros laureles, —

hoy truecas por el épico olifante
esa siringa eclógica y galante;
y animas a la América española que avanza
gallarda en el tropel de las naciones,
con tus *Cantos de Vida y de Esperanza*,
cuyo eco es un hosanna de nuestros corazones.

Bien lo dijiste: haces vibrar toda la lira,
toda la flauta. Orfeo y Pan te enseñan,
éste el ritmo que endulza y aquél los que domeñan.
Pero ignoras la ira,
ese gesto brutal de débiles y tristes:
tú que puedes salvar el monte, subes;
mas no lo embistes...
Y buscas sol y estrellas más allá de la nubes.
Si hay rojo en tus cantares,
serán rosas que adornan tus diversos altares,
espíritu pagano
y corazón cristiano;

o aurorales fulgores,
o el ocaso de oros y de llamas,
o las bocas purpúreas de amorosos deseos...
Siempre alegrías, triunfos; nunca envidias, rencores.

Tu estro tiene del cóndor los largos aleteos
y la serenidad de los cisnes que amas.
Pero, más bien, celeste mariposa
que a todos los trofeos
de violencia prefiere
los zumos delicados del lirio y de la rosa,
tu rara inspiración, Darío, me sugiere...
(La mariposa al cóndor y a los cisnes supera
en esto: y es que muere
pronto la mariposa prisionera.
Sin libertad, así moriría tu estro.)

Te saludo, Maestro,
en el nombre del Verbo y de la Primavera.



CARBONCILLO

Agudo como Quevedo,
bravo como el Campeador,
ignora lo que es rubor
y no sabe lo que es miedo.

No hay en Madrid y arrabales
quien mejor combine un rapto,
y ninguno fué más apto
para suprimir rivales.

Trovador y pendenciero,
plena fe tiene en la esgrima
con su espada o con su rima,
que ambas son de buen acero.

Nadie acepta su cartel
sin encomendarse a un santo;
quizás él haga otro tanto —
si el desafiado es Luzbel.

No inspira sino pasión,
aunque ama efímeramente,
puesto que sólo consiente
en prestar su corazón.

Y son para él, en sus lides
contra todos los galanes,
las que sueñan con donjuanes
y las que sueñan con cides..

Mas el último rumor
sobre el Campeador Quevedo
es que está muerto de miedo,
porque está loco de amor.



JACULATORIAS

I

Dejad que ande, con la mano abierta
y abierto el corazón, por los senderos;
si esos a quienes voy cierran su puerta,
tendré asilo entre lobos y corderos.

Y si el hombre, mi hermano, me desoye
cuando le hable sentado a sus manteles,
es seguro que el pájaro me apoye
cuando cruce mi canto los verjeles.

Ya salvarme no puede la inocencia:
la perdí en el pecado y falsa ciencia
que en ajenjo tornaron el anís.

Mas, con la caridad sincera y alma,
espero que el Señor vuelva mi alma
a su pureza prístina de lis.



Ruega por mí, San Francisco de Asís.

II

Construido el barco con añosos troncos,
de lino virgen tejeré la vela;
e iré cantando el *Ave Maris Stella*,
en ledas horas o huracanes broncos.

¿Qué peligros habrá que yo no afronte,
ni qué vedados derroteros, cuando

el eterno ideal me está llamando,
siempre de más allá del horizonte?

Buscaré sobre el mar las aventuras,
con la mirada fija en las alturas
y la mano muy firme en el timón.

Ni ciclones ní ábregos malignos
me importan, mientras que se cambien signos
entre los astros y mi audaz pendón.



Ruega por mí, San Cristóbal Colón.

III

Estoy sobre el corcel, pronta la espada;
y antes de entrar en liza ya he vencido,
porque tengo la fe: contra ella nada
ni el mismo cielo, nunca ha resistido.

Guerra a los ignorantes malandrines
que pretenden matar los ideales,
y al villano que niega paladines,
Dulcineas y viajes siderales.

Quiero elevar al triunfo de mi ensueño
a quien me escuche; y con tezón me empeño —
sin preocuparme de que el mundo estulto

me arroje piedras o me ponga mote —
para que, desde el rey al galeote,
todos abran sus almas a ese culto.



Ruega por mí, San Alonso Quijote.



SOBRE EL ADAGIO CANTABILE DE "LA PATETICA"

Hogar; íntima noche. Reza en el piano,
al conjuro piadoso de amada mano,
la gran voz de Beethoven, honda y profética,
el *Adagio Cantabile* de su "Patética".

Y las notas divinas son como una
procesión del Ensueño, bajo la luna...
Es un grave cortejo de melodía.

Lo encabeza la augusta Melancolía,
seguida de Recuerdos; y de la infancia,
en mi copa de hombre, cado uno escancia
zumo ignorado entonces... En cambio, ahora
me inquietan los enigmas que allá en la aurora
parecíanme cosas simples y claras...

Pasan después los ídolos en cuyas aras
hasta ayer el incienso quemé: placeres
y fantasmas heroicos o de mujeres.
Y siento lo profundo de todo eso:
admiración ingenua, furtivo beso
y beber porque fuesen áureos los vasos;
que no eran vanidades, sino los pasos
hacia la ruta cierta de mi destino...
¡Oh las tortuosidades del buen camino!...

Y siguen las primeras desilusiones
de la hora en que las risas y las canciones
en los labios temblaron, cuando los ojos

vieron surgir con signos negros y rojos
los "mane, thezel, phares" del egoísmo
y comprendió el espíritu que inmenso abismo
separa los espíritus de los hermanos,
en el festín efímero de los humanos.

Y detrás, las legiones de tiempos foscos:
luchas contra enemigos fatuos y toscos;
y las sendas obstruidas por los prejuicios;
los terribles combates y sacrificios
para quebrar las fórmulas, espesos muros
que aprisionan y ahogan anhelos puros
generosos esfuerzos...

La Melodía,
del fondo de esa sombra, presagia el día;
y, conduciendo un coro que canta y danza,
va, impasible y sonriente, nuestra Esperanza.



BALADA DE DAFNIS Y CLOE

Es la mañana; los cielos suaves
parecen claros ojos de niña;
rubios racimos hay en la viña;
entre los árboles rudos y graves,
saltan y trinan frívolas aves.
Dafnis y Cloe, con la imprudencia
que inspira Eros a la inocencia,
van a los bosques encubridores.
Y, maliciosas, cambian las flores
discretos signos de connivencia.

Bajo las ramas, juntos se tienden.
Fresco esta el césped; flotan aromas;
se oye el idilio de las palomas...
Ellos se miran, pero no entienden
por qué sus pechos así se encienden.
Pues del manzano de la sapiencia
nunca han probado la fruta — ciencia
de las delicias y sinsabores.
Y, maliciosas, cambian las flores
discretos signos de connivencia.

Como sucede, yo no lo digo...
¿Es de repente o es poco á poco?
¿Caída lógica o impulso loco?
¿Un dios propicio o uno enemigo,
la misma rosa o el mismo higo
une sus bocas? Sabor, esencia
o dios provoque la delincuencia,
tal es el caso: besos, rubores

y... Maliciosas, cambian los flores
discretos signos de connivencia.

El, orgulloso pero sumiso,
y ella, sumisa pero orgullosa,
de su Edén salen... — Cloe es golosa —
él piensa: y ella: — Dafnis lo quiso. —
(La misma escena del Paraíso,
después de la agridulce experiencia
de esa mentada desobediencia,
que hoy pagan justos y pecadores.)
Y, maliciosas, cambian las flores
discretos signos de connivencia.

ENVIO:

Cuando a los bosques llevéis amores,
sabed que es una la consecuencia:
pues, maliciosas, cambian las flores
discretos signos de connivencia.



MARGINAL IV

Líbrate de la humana servidumbre;
aunque los pies ensangrentados tengas
y por más harto de dolor que vengas,
emprende tu ascensión hacia la cumbre.

Para subir despídete del miedo,
mas no olvides que es vértigo el orgullo.
Fragante umbría ni armonioso arrullo
jamás te hagan pensar: — Aquí me quedo. —

— He llegado — no digas en la altura;
limpia tus llagas, seca estéril llanto;
y tu espíritu vuele con tu canto...
Los mundos pasan, y el azur perdura.



LA MUSA DE ATLANTIDA HISPANA

Musa casta, fuerte y ágil; Musa bella, suave y brava,
nunca esclava;
hija espléndida del Sol.
Libertad y Amor le dieron, ella indómitos tropeles,
él sus mieles,
y su verbo el español.

Virgen épica; la sangre de las razas poderosas
siembra rosas
en su fina y bruna tez,
en sus labios es un ascua y en su pecho llamarada;
su mirada
es dulzura y altivez.

Cuando vuela por las cumbres, los verjeles y los astros
deja rastros
de armonía, aroma y luz.
En los frentes de su alcázar brillan dos constelaciones,
cual blasones:
allá Orión y aquí la Cruz.

Es fantástico hipogrifo — potro y cóndor — su Pegaso,
cuyo paso
a la tierra hace cantar,
Y ella, sobre el lomo alado, va magnífica y serena;
la sirena
la saluda desde el mar.

A su vista, la montaña se despoja de su niebla,
y se puebla
de retoños el jardín.
y la brisa, que le lleva las ofrendas de las flores,
sus loores
dice en ritmos de violín.

A su triunfo hosannas suenan con sus pánidas
(orquestas
las florestas,
con su trompa el vendaval,
los volcanes con fragores formidables de sus fraguas,
y las aguas
con sus flautas de cristal.

Y se abren, al conjuro de su voz, los corazones,
cual botones
cuya savia fuese amor;
hay más lumbre en los espíritus, más ternura en los
(regazos,

y en los brazos
de los héroes más vigor.



Sus poetas! ¡Cómo vibran entusiasmos, sueños, iras,
en sus liras,
que también saben orar
como arpas religiosas!.. Resplandece hasta el abismo.
es Dios mismo
inclinándose a escuchar.

De la Atlántida latina ruiseñores y profetas,
sus poetas
asimismo son legión
de titanes que conquistan el Olimpo sin batalla;
pero estalla
en sus himnos la pasión.

Soberanos de desiertos, almos valles, selvas hondas,
vastas ondas,

a otros dejan el pensil;
y prefieren largos vientos, infinitos horizontes
y altos montes
a la torre de marfil.

Del corcel de las tormentas su estro tiene empuje y
(bríos;
de los ríos,
la sonriente majestad;
de los bosques, las fragancias como idílicos anhelos
de los cielos,
la impecable claridad.

Y es el potro que en la pampa raudo y rítmico galopa,
o la copa
pensativa del ombú;
el perfume del naranjo, del jazmín y de la malva,
o la salva
del cristal del Iguazú.

Es el trino de dos magos de celestes elegías
y alegrías:
la calandria y el zorzal;
o es el cóndor, ave ilustre de los libres, y bizarra
de ala y garra
más que el águila imperial.

Es la gloria de los Andes, vencedores imponentes
con torrentes
retorciéndose a sus pies;
es el trópico aromado, rico, fúlgido y sonoro,
y es el oro
ondulante de la mies.

Del Pacífico es la ola; son las voces del Atlántico
cuyo cántico,
comprendido por Colón,
anunciaba: — Para el genio, tras mi horrísono tumulto,
hay oculto
un edén de promisión. —

Es la ofrenda a esas mujeres, encantada aristocracia
de la gracia,
dulce estirpe sin rival,
porque une a seducciones de su mágica belleza
la pureza
de un tesoro de ideal.

Es la espada que una raza, contra déspotas
(monárquicos,
contra anárquicos
despotismos, empuñó;
Y, más tarde, con su acero, trazó surco a las simientes,
y a las gentes
libertad y pan brindó.



¡Musa casta, fuerte y ágil; Musa ardiente, suave,
(invicta,
que nos dicta
su evangelio en el laúd!

¡A su acento nobles pueblos a la vida se levanten,
y que canten
en perenne juventud!

Pero cuando la hora llegue de morir en el combate
cada vate
sea un rudo paladín;
y al marchar a la epopeya, que él convoque a los (dispersos
con sus versos
como toques de clarín.



A las huestes de la Idea nuestra Musa — viva aurora—
se incorpora...
¡Mira, Netzahualcoyol,
como sobre su Pegaso — potro y cóndor —, adelante,
va triunfante
la hija espléndida del Sol!



LAS GRACIAS EN EL BOSQUE

Lirios y sol es toda Aglae. Cruza,
como una viva claridad etérea
bajo las ramas; y a su vista, el fauno
sueña y adora.

Flexible y grácil, Eufrosina baila.
Tropas alegres a la fiesta acuden,
mientras jovial y retozón, el fauno
brinca y se ríe.

Rica de sangre va Talía. Flores
son los retoños, al vital aroma
que de ella emana; y al beberlo, el fauno
trémulo yérguese.



ELOGIO DE LA SONRISA

La risa es un espasmo; la sonrisa
es el destello espiritual nacido
de un pensamiento, a cuya luz se irisa.
Sonrisa al alma va; risa, al olvido...

Y la olímpica risa "inextinguible",
aunque Homero la ritme con su estro,
se apaga ante la eterna y apacible
sonrisa de Jesús, el buen maestro.

El sàtiro y el fauno ríen: llenan
el bosque con sus locas carcajadas;
los ángeles sonríen: y serenan
el dolor sus sonrisas extasiadas.

Sonrisa: ensueño. Nunca faz benigna
ni perversa, ni frívola ni honda,
hizo soñar cual la sonrisa enigma
del rostro encantador de la Gioconda.

Y entre las cosas mismas, las sonrientes
son las más puras, fúlgidas y bellas:
que si ríen, sonoras, brisa y fuentes,
sonríen el azur y las estrellas.



LAS TROMPETAS DE JERICO

Fortalezas de torpes crueldades,
murallas que elevara la opresión,
almenas defensoras de maldades
y torres que amparáis iniquidades,
resistiréis al viento y al cañón...

A los siglos roed uñas y dientes
y quebrad su ígnea espada al huracán;
mirad como se estrellan, impotentes,
furiosa multitud, jefes prudentes,
treta de gnomo, ira de titán.

Seguid siendo castillos del espanto,
alcázares de infamia y de dolor,
antros de donde escapa eterno llanto;
y vuestra sombra sea como el manto
de la ignorancia, madre del terror.

Y cobijad a quienes forjan yugos
para el humilde, y para el grande, cruz. —
Mas temed, foscos nidos de verdugos,
a esos que saben fecundar los jugos
de las almas y el alma de la luz.

Pues si un día os maldicen los profetas,
o, en nombre del amor y la verdad,
rendición os intiman los poetas,
caeréis como, al son de las trompetas,
los muros de la bíblica ciudad.



SIMBOLO

Dejé, a la aurora, tu casita blanca
(Partía, peregrino...)
tu casita, paloma entre rosales
al borde del camino.

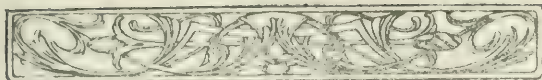
Pensé: — Si no tentaran nuevos mundos
mi juventud ardiente,
aquí mi nido para siempre hiciera
con ella, dulcemente. —

Llegué, en la tarde, a tu casita blanca
(De la guerra volvía...),
tu casita, azucena en los jardines
de la melancolía.

Y me dije: — Tal vez paz mereciera
mi espíritu doliente,
si para siempre aquí me refugiase
con ella, dulcemente. —

Pero soy hombre y amo las batallas
que endurecen la vida;
y si en la lucha a veces no hay laureles,
es rosa cada herida.

Por eso quiero a peligrosos campos
tornar como valiente,
y no quedarme en la casita blanca
contigo, dulcemente.



LA HORA DEL HUERTO

Todos tienen su hora de llanto y duda.
Dijérase que el alma, ciega y desnuda,
en tinieblas se ahoga, tiembla de frío.
Blasfema a veces y, otras, grita: — ¡Dios mío,
venga la luz divina, cese la noche! —
y hay en esa plegaria como un reproche...

Sí, y aunque el héreo — mártir, profeta o santo —
halle dulces palabras ante el espanto,
en las sombras, él mismo, se dobla y llora,
como si no debiera ya ver la aurora.

Es la vida... Consuélense los más altivos:
Jesús lloró en el Huerto de los Olivos.



EL ANONIMO DIVINO

Alma de azur y corazón de fuego,
anónimo divino,
en el valle de lágrimas dejaste,
como un rayo de sol y como un lirio
entre la sombra hostil y las espinas,
tu augusto y dulce, claro y hondo libro.
¿Quién fuiste? ¿Anacoreta
en una abrupta soledad perdido,
o misionero entre la turba ingrata?

¿Monje esclavo de reglas y de ritos,
o acaso bajo episcopales pompas
cristalizabas el diamante místico?
Alma de azur y corazón de fuego,
haz que nunca el exégeta sacrílego
nos descubra tu nombre;
conserva tu secreto como un nimbo.
Los que en verdad te amamos no queremos
descifrarlo—lo mismo
que no queremos ver, en este mundo,
la faz del Angel: para no morirnos...
Pero ignorado así, mientras vivamos
siempre serás nuestro mejor amigo:
y de tu mano iremos bien seguros
al término celeste del camino,
alma de azur y corazón de fuego
que al hombre pecador y dolorido,
al hombre antes infeliz que malo
diste "La Imitación de Jesucristo".



BALADA DEL MAL ADIVINADOR

(El paje es niño, y muy coqueta
la princesita, su señora;
el paje es niño, algo poeta —
sólo poeta, por ahora.)

— Adivina, adivinador:
¿cuál es el ave que canta mejor?

— El ruiseñor, princesa mía,
pájaro mago que a la roca
un tierno llanto arrancaría.
Si es otra, dígalo tu boca...

— Has nombrado, adivinador,
el ave que canta mejor.

(La princesita se sonríe,
mientras distraída y dulcemente
una canción de amor deslíe,
como el murmurio de una fuente.)

— Adivina, adivinador:
¿cual es la rosa que huele mejor?

— La de carmín, princesa mía,
porque su hálito provoca
frescos pensares de alegría.
Si es otra, dígalo tu boca...

— Has nombrado, adivinador,
la rosa que huele mejor.

(La princesita se sonríe
con un suspiro que es aroma;
mas, para que el no desconfíe,
rojo botón de rosa toma.)

— Adivina, adivinador:
¿cuál es la fruta que sabe mejor?

— La de la vid, princesa mía;
su jugo da la risa loca
con que el olimpo se reía.
Si es otra, dígalo tu boca...

— Has nombrado, adivinador,
la fruta que sabe mejor

(La princesita no sonríe,
sino, al morder sus labios rojos;

y con temor de que él espíe,
hace desviar sus lindos ojos.)

ENVIO:

Princesa el juego será grave
para tu fruta, rosa o ave
cuando el mal adivinador
sea ya el bueno — y tal vez el mejor.



TALISMAN

Fresca flor del ensueño,
que un hada buena,
me brindó cual beleño
para mi pena:
por ti se olvida
mi alma de su cadena
y aun de su herida.

Rara flor de hermosura,
que un hada bella
sembró en la noche oscura:
ya sin estrella,
yo en mi vagancia
volví a encontrar la huella
por tu fragancia.

Casta flor de alegría,
que hada sonriente
puso en mi fantasia
discretamente:
por ti su vuelo
se mira en clara fuente
que mira al cielo.

Aurea flor que una diosa
quitó a su manto;
flor más noble que rosa,

laurel o acanto:
no te marchites,
y que a tu triple encanto
siempre me invites.

Muéstrame la belleza,
reina de todo;
límpiame de tristeza
que lleve lodo;
si soy tu dueño,
dame el divino modo:
vivir de ensueño.



MARGINAL V

Yo no discuto fórmulas ni nombres;
los dogmas que aprendí quiero olvidar;
miro y escucho el corazón, el alma
y la naturaleza, y nada más.

Elija cada uno su instrumento
y haga de él su dulzura y su virtud:
si en el verbo hay verdad y melodía,
los cantos subirán hasta el azur.

Tú, al viento y bajo el sol, eres el águila;
tú, en la paz de la sombra, el ruiseñor;
tú, la alondra en la aurora cristalina...
Salve, cisne; salud a ti león.

Tú, vuelas sobre abismos insondables,
con la serenidad de un serafín;
y tú dices, vibrante como un hombre,
la alegría y la angustia de vivir.

Tú sollozas, tú ríes, tú suspiras,
tú sonríes; tú sueñas con ayer
y tù te alzas, profético, al mañana...
Para todos la rosa y el laurel.



EN LA VELADA DE ARMAS

Aunque extraviado, a veces, en profanos pensares,
he velado mis armas con reverente amor.
Desierto estaba el templo; de fiesta, los altares;
y alternaban, afuera, lechuza y ruiseñor.

Medité la grandeza peligrosa que asume
un hombre — aun el más débil — si otros lo han de
(escuchar;
probé las beatitudes íntimas que resume
este verbo divino, tan humano: cantar.

Y durante esa hora pensé, más que en mi mismo,
en vosotros a quienes me es tan dulce querer.
Tal vez ello entrañara refinado egoísmo,
pues poseéis vosotros lo mejor de mi ser.

De los otros también me acordé; y, os lo juro,
a ninguno maldije — no puedo maldecir
a Dios doy mi pasado, a El pido mi futuro
mi deseo es amar porque quiero vivir.

Hombre he nacido y, hombre, yo he sufrido y pecado,
víctima al mismo tiempo que causante del mal;
hoy esto por aquello me sea perdonado,
sobre todo si siembro mi grano de ideal...

Aunque extraviado, a veces, en pensares profanos,
oraba yo en la noche de mi Velada, y
(¿por qué no confesarlo sin escrúpulos vanos?)
fuerte, pero no puro del todo, me sentí.

Pues debemos decir la palabra sagrada
sin que tiemblen los labios ni enrojezca la faz;
para ser buen guerrero de la ruda cruzada
necesario es estar consigo mismo en paz.

De pronto, sobre mí tendió el dolor su brazo...
¡Gracias! Porque ante Dios y mi conciencia ¿quién
mejor me hubiera absuelto? Fué ese el espaldarazo
que me armó caballero. Y sea para el bien.



EL CISNE Y EL TORO

Verano. El esplendor del mediodía
se torna en suavidad bajo las frondas.
Una profunda y plácida armonía
dice o sugiere cosas tiernas, hondas.

Se respira en la atmósfera fragante
la calma voluptuosa de la siesta.
Un lago brilla al sol, como un diamante
que estuviese engarzado en la floresta.

Allí hay un cisne de radiosa nieve
que parece una inmensa flor acuática...
Boga; y las aguas riza, al ritmo leve
de su serena gracia aristocrática.

Se oyen ramas crujir. De la espesura
surge la robustez real de un toro.
Es bello; está tranquilo; en su blancura
ahora mira el sol su faz de oro.

Se contemplan. Tal vez en homenaje,
su testa inclina el toro, abre el hoc co
y muge. El cisne agita su plumaje —
saludo que acentúa con el pico...

¡Gloria a los dos altivos animales,
oh Vida! Este es augusto; aquél, soberbio:
uno símbolo, todo, de ideales;
otro, todo vigor de sangre y nervio.

Ambos, ilustres: a la dulce Leda
amó Zeus como un cisne de alabastro,
cuando, bajo la idílica arboleda,
engendraron a Helena, que hoy es astro;

y como un toro fuerte, inmaculado,
èl a Europa raptó sobre su espalda,
y con la ardiente ninfa cruzó a nado
los mares de zafiro y esmeralda.



INVITACION AL REY DE ESPAÑA

Rey Alfonso:

Al anuncio de que tu barco viene,
este pueblo argentino, conmovido, detiene
su labor que fecunda la maternal entraña
de nuestra tierra, y mira con amor hacia España,
para entonar mañana un victorioso cántico,
cuando, ante nuestras playas, la brisa del Atlántico
haga ondear tu flámula, y en el mar las estelas
renueven los caminos de las Tres Carabelas.

Bienvenido. Si el Rey de los Conquistadores
es soldado, el Monarca de los Descubridores
debe ser asimismo ilustre navegante.
Tus órdenes espera Cristóbal, tu Almirante;
soñando con la gloria de épicas travesías,
interrogan los cielos, como en lejanos días,
para buscar la ruta de horizontes remotos,
Vasco, Pinzón, Gaboto y Solís, tus Pilotos;
tu oficial de derrota es hábil: Magallanes;
Cortés, Garay, Pizarro, tus bravos Capitanes,
tráente pendón, casco y una espada simbólica;
te bendice la augusta Isabel la Católica.
Y todos deseosos están de que tú seas
testigo del edén que abrieron sus legiones
a tu raza, tras siglos de iliadas y odiseas,
de imperios y martirios. Y los mismos leones
de tu estandarte anhelan que al mástil pronto mandes
izarlos para ver al cóndor de los Andes...

El mástil de Colón conoce nuestro azur,
donde encontró, una noche, la insigne Cruz del Sur.

Bienvenido. Te aguarda con orgullo esta América.
Si nunca para ella hubo empresa quimérica,
y si aquí se ha cumplido todo sublime ensueño,
es que somos hermanos de aquel del Clavileño;
y también nuestro ardor, indomable en las lides,
es el mismo que hinchaba las venas de los cides.
Oh Rey, somos latinos y somos españoles;
por eso nuestras almas son como claros soles.
Y americanos somos; y llevamos, por eso,
dos alas poderosas: libertad y progreso.
En nosotros, unidos por siempre hallarás tú
los bríos de Pelayo y Tupac Amarú,
convirtiendo en verjeles las vastas soledades
y en colmenas prolíficas las bizarras ciudades.
Bienvenido ¡Preludien ya las trompas del viento
una diana triunfante para tu advenimiento!

Queremos que tu España sepa como, a la luz,
con su herencia — la sangre y el idioma y la Cruz. —
se alzó un humanitario y soberbio edificio.
Ven, Don Alfonso XIII, tu reinado es propicio
para el renacimiento de heroicos ideales...
No te hablo de conquistas ni aventuras marciales:
hoy los héroes trabajan, inermes y en la paz,
para alumbrar el mundo y renovar su faz.
Otros forjan el yunque, manejan el martillo;
nosotros a la hoguera damos calor y brillo.
Ellos son como el brazo, y el espíritu es nuestro:
porque el genio latino será siempre el maestro
de todas las ideas de civilización.
Pero necesitamos vivir en comunión...
¡Llega, pues, a esta patria, perla de las Américas,
para sellar la alianza de las proles ibéricas!

Si vinieras, oh Rey, con la dulce Señora
que en tus reinos efunde beatitudes de aurora!...

Y vuestra comitiva sobre el bajel ya veo:
allí a la *Stella maris* compone el buen Berceo
un himno ingenuo y místico; Angélica y Medoro
y Jimena y Rodrigo son un grupo sonriente;
Garcilaso idiliza como cristal de fuente;
Fray Luis sueña; acompaña de las musas el coro
a Calderón; Quevedo sin tregua dice cosas
corteses y atrevidas, profundas y jocosas;
cincela maravillas en argento y en oro
el cálamo buril de Góngora y Argote;
y señala Cervantes en el cielo los rastros
que dejó el Clavileño cuando fué Don Quijote,
cruzado de las almas, a conquistar los astros.
Pronto el pincel, Velásquez a tu Esposa saluda:
si es la Reina de España o de las rosas, duda.

Para ella nuestras liras tendrán galantería
en que sonará el ritmo de la hispana hidalguía,
pamperos y balsámicos vientos de las florestas

para ella tornaránse suavísimas orquestas;
y para ella a tu nave, que escoltan los delfines,
enviarán sus tributos todos nuestros jardines.
Para ti faltarános un presente, tal vez:
eres grande y es grande también nuestra altivez...
Pero no; tu Almirante descubrió en este azur,
donde fúlgidas mieses son las constelaciones,
algo que bien iría en reales blasones:
Caballero te haremos de nuestra Cruz del Sur.



A LAZARO

Oh Lázaro dormido en el sepulcro,
oye la voz divina que te habla;
y despiértate, Lázaro, obedece
su "¡Levántate y anda!"

La Voz te ofrece vida — vida nueva...
Haz un esfuerzo y tu sudario rasga
ponte de pie y a tus hermanos vuelve,
porque el amor te llama.

En los campos hay flores y canciones,
de racimos la viña está cuajada;
pero, tristes, estériles y mudas,
    languidecen las almas.

Ve, y de tu labio escuchen el milagro
de tu resurrección: tal vez la savia
suba de nuevo al árbol seco y broten
    retoños en las ramas.

Hay muchos muertos, Lázaro, entre aquellos
en apariencia vivos; son fantasmas
de hombres, fatuos fantasmas, porque ignoran
    las risas y las lágrimas.

No las risas estúpidas, quebrándose
en huecas y estridentes carcajadas,
cencerros que convocan a la feria
    de dolores e infamias.

Ni lágrimas cual jugo de esa fruta
(quizá no tuvo luz, faltóle agua...)
todavía inmadura y ya podrida,
por eso agria o amarga.

Mas risas de bondad, raudal nacido
en la gloria y la paz de la montaña,
y que lava, fecunda, desaltera,
refleja el sol y canta.

Y lágrimas que al triste y al caído
otra vez llevan fuerza y esperanza,
como el rocío de la noche alivia
las tierras abrasadas.

A tus pobres hermanos torna pronto:
por su resurrección ora y trabaja:
para ello, solamente, Dios permite
que levantes tu lápida.

Rescata, en nombre del amor, espíritus
y corazones presas de la Pálida:
la Voz divina te ha enseñado el místico
poder de la palabra.

Y díles: — Para aquellos que en el mundo
vivieron de verdad, la muerte es vana.
Sólo amar es vivir; amad y, un día,
crecerán vuestras alas. —

Oh Lázaro, no pierdas un instante;
siembra lirios y rosas en el alba,
para que puedas aspirar su aroma
cuando la tarde caiga.

Mas si, indolente o tímido, rehusas
cumplir esa misión dulce y sagrada,
maldito dormirás eternamente,
Lázaro, en tu mortaja.



LOS ANGELUS

I

Virgen, sonríe al hombre en la dulzura
del alba. Mira: a recoger las flores
y los frutos salimos con temores
no vanos... Nuestra obra es insegura;

es dolorosa, efímera y oscura;
y a menudo, después de las labores
que regamos con sangre y con sudores,
nuestra cosecha es toda de amargura.

Abre nuestros espíritus ahora,
y entre en ellos también la encantadora
que orna los cielos de rosados ramos.

Virgen, sonríe al bendecir el día:
que para trabajar necesitamos
de tus labios un poco de alegría.

Dios te salve, María.

II

Reina, protege al hombre en la contienda.
Recia es la lid; legión, los enemigos
que destruyen las viñas y los trigos
y hasta la flor cuidada para ofrenda.

Cada uno cometió su falta horrenda;
pero rudos también son los castigos:
solemos carecer de pan y amigos,
y el diablo nos asecha en toda senda.

Si rada vez orar se nos escucha,
es que el alma olvidamos en la lucha,
y así vuélvese el alma dura y fría

Reina, protege al hombre combatiente;
dale — triunfe o sucumba — la energía
para no ser cruel, siendo valiente.

Dios te salve, María.

III

Madre, consuela al hombre. Ya desciende
la noche: venga a nos como un descanso,
y no a oprimirnos: sea el beso manso
de una inmensa piedad que nos comprende.

No nos ronde la angustia como un duende.
El cuerpo laso y el cerebro canso
hallen paz, aunque breve, en un remanso
del río que nos lleva siempre allende...

Siempre allende los bienes conseguidos,
la isla que brinde sus seguros nidos,
y la playa feliz que nos sonría.

Madre, consuela al hombre. En su tristeza
coseche, al menos, algo de belleza,
o de virtud, o de melancolía.

Dios te salve, María.



LA INUTIL PEREGRINACION

— Vieja ciudad adormecida
en un silencio secular,
dame la calma de tu vida,
que en mi dolor vengo a buscar.

No he hallado paz con la fortuna,
con los honores y el saber;
tuve palacios en la luna,
y adoraciones de mujer...

Mas hoy que ya todo se aleja,
quiero morir en tu piedad. —
El peregrino así se queja,
y le responde la ciudad:

— Inútilmente llegas, hijo;
hombres también viven aquí;
y alguna vez cada uno dijo:
¡Maldito el día en que nací!

La paz no crece en los senderos;
baja del cielo al corazón
por sus caminos verdaderos:
amor, trabajo y oración.

Es conquistarla un heroísmo,
y el héroe lleva en sí el edén:
para su espíritu lo mismo
es Babilonia que Belén. —



LA VISION DE CERVANTES

I

Don Miguel de Cervantes se moría.
y ya junto a los místicos umbrales,
una montaña vió, que parecía,

surgiendo de las sombras nocturnales,
la columna del domo cristalino
y el eje de las órbitas astrales.

Rumor sonoro y amplio sobrevino;
retemblaron los flancos de basalto,
como en los grandes partos del destino.

Eran los Héroes: iban al asalto
de los astros en hueste guerreante,
cuando algo los detuvo... Allá en lo alto,

como un fantasma triste y arrogante,
coronado de luna, estaba erguido
el Señor Don Quijote en Rocinante.

II

Lanzaron ellos bélico alarido
y, desnudando a un tiempo sus aceros,
le gritaron.—¡Oh tú, que no has vivido,

deja paso a los Héroes verdaderos! —
Mas, cortés como hidalgo que recibe
de su propio dominio en los linderos,

respondió Don Quijote: — Mi alma vive.
Acto supremo de heroísmo puro,
sobre la tierra sólo se concibe

cuando en mi alma se inspira; y os lo juro:
ninguno más que yo puede enseñaros
como salir del precipicio oscuro

donde giráis eternamente, y guiaros —
con virtud de que soy único dueño —
a la conquista de los reinos claros.- -

Con la presteza mágica de un sueño,
al punto transformóse Rocinante
en el rígido y tosco Clavileño.

III

Jinete siempre triste y arrogante,
Don Quijote, apoyándose en su lanza,
soportó la algazara delirante

de los Héroes al ver esa mudanza.
Y uno:—¿De qué virtud alarde hacías? —
— De la que nunca supo Sancho Panza,

y sabe el sol cuando te da los días,
aunque seas el último malvado;
la flor, cuando no espera que sonrías

agradecido al beso perfumado;
y el árbol, cuando aguarda que el sustento
tú mismo con el hacha hayas pagado. —

Calló el Manchego, y escuchóse un viento
que decía:— Es así.— Y al mismo instante,
contemplaron los Héroes el portento:

no era ya el Clavileño o Rocinante,
sino el Pegaso ardiente, la montura
del caballero triste y arrogante.

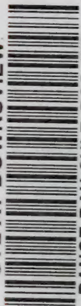
IV

Para tender el vuelo hacia la altura,
abrió las alas el corcel celeste
de ojos ígneos y olímpica blancura.

Con religioso asombro oyó la hueste
que las estrellas, impasibles antes,
cantaban:— Ven, Señor, tu imperio es éste.—

Y entre las más hermosas y brillantes,
Dulcinea también era una estrella...
Entonces, libre, el alma de Cervantes
subió a los astros por la misma huella.

INDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 06 01 004 4